

## SUMARIO

*Enseñanzas de la guerra del Rif*, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—  
*Temas tácticos para los sargentos*.—*Nuevo concepto de la enseñanza militar*, por Antonio García Pérez, capitán profesor en la Academia de Infantería, con aptitud acreditada de E. M.

### BIBLIOTECA

Pliego 5 de «Manual de primeros socorros médicos en paz y en campaña»  
Pliego 32 de «Topografía Militar», por D. José Ferré Vergés, comandante de ingenieros.  
Pliego 6 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Vartenburg.  
Pliego 5 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.

---

### ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

#### VI.—*Los métodos tácticos en la paz y en la guerra*

El que examine los métodos tácticos empleados en las operaciones de julio y los compare con los que rigieron en los combates de septiembre y posteriores, no podrá menos de observar el considerable adelanto obtenido en el corto espacio de dos meses, pese á las incesantes ocupaciones de la campaña y á una lucha que, más ó menos recia, apenas dejó un momento de tregua; y es que no hay maestro como la guerra, que impone la verdad, la realidad desnuda, frente á todos los convencionalismos y prejuicios.

En los combates del primer periodo, el peso de la dirección y de la ejecución recae exclusivamente sobre los oficiales, no solo en lo que atañe á la materialidad del desarrollo táctico, sino también en lo relativo á la parte psicológica, sin la cual ni es posible la impulsión en el ataque, ni la cohesión en la defensa.

Vemos en las primeras acciones guerrillas de pié ó rodilla en tierra, que en terreno descubierta y á la distancia de tiro eficaz no se pliegan al terreno, ni buscan protección en él; los oficiales se exponen al fuego en los sitios más visibles, los jefes, á caballo, recorren las líneas de tiradores, y, en suma, no parece sino que los comandantes de unidades y fracciones buscan la muerte para convencer á sus soldados de que éstos, á su vez, deben arrostrarla también sin flaqueza. Y hasta tal punto se alardea de valor personal, que el espectador poco versado en achaques de milicia se siente inclinado á creer—según demuestran las crónicas periodísticas enviadas del teatro de la guerra—que la oficialidad española quiso redimir

con su sangre la mancha torpe é injustamente arrojada sobre el ejército á raíz de las guerras coloniales, y trató de encontrar en los campos africanos, más que la gloria del triunfador, la aureola del mártir.

En profundo error han incurrido los que esto creen, haciendo con ello, tal vez sin darse cuenta, muy poco honor al ejército: porque éste faltaría á su misión primordial si se resignase al sacrificio y á la muerte en vez de procurar la victoria al menor precio posible, y en tal concepto la oficialidad se hubiera equivocado, con perjuicio para la patria, viendo en la muerte el ideal postrero y más elevado de su carrera.

Importa deshacer ese error, tanto en vindicación de la memoria de los que sucumbieron gloriosamente en el Rif, como para deducir una enseñanza de grandísima trascendencia. Ello requiere una breve ojeada retrospectiva sobre las evoluciones de la instrucción en los últimos años.

Al terminar las campañas coloniales, el ejército comprendió que sus procedimientos y métodos tácticos eran anticuados y no respondían á las necesidades de la época; pudo hacer frente al ejército americano, que sólo venció gracias á su inmensa superioridad material y numérica y á la especial situación de los teatros de la guerra, pero no hubiera podido hacer frente con gallardía á otro ejército más ducho en las cosas de la guerra y de mayor consistencia que aquel. Despertose entonces el deseo febril, que aun subsiste por fortuna, de asimilarse los métodos admitidos por las principales potencias militares y copiar todo lo existente más allá de nuestras fronteras, hasta que como coronamiento de los esfuerzos individuales aparecieron los reglamentos vigentes, que figuran entre los más modernos. Llegando á nosotros el movimiento intelectual del mundo—hablando en términos generales—por intermedio de la prensa francesa, y obsesionados nuestros vecinos del N. por el poderío militar de Alemania, resultó que los principios capitales que informan los métodos alemanes fueron los reguladores de los nuestros, como antes lo habían sido de los franceses y de otros ejércitos; estos principios se compendian en uno muy sencillo: la ofensiva es la única forma de la victoria; el que permanece á la defensiva es siempre derrotado; principio que tuvo plena confirmación, si se da crédito á los escritores profesionales alemanes y por consiguiente á los franceses, durante la campaña de la Manchuria.

En el artículo siguiente estudiaremos la aplicación práctica que á este principio conviene dar en España, estableciendo la debida diferencia entre la ofensiva estratégica y la ofensiva táctica, y nos concretaremos por ahora á recordar que la instrucción de las tropas se cimentó exclusivamente, durante años y años, en la ofensiva desarrollada por medio del ataque resuelto, rápido y arrollador. Apenas se consideraba posible otra forma de combate, y nuestros Reglamentos claramente lo confirman, á lo que contribuía también nuestro carácter impulsivo y los resabios adquiridos en las luchas civiles y coloniales, contra enemigos que rara vez

hacían frente y presentaban resistencia, á menos de contar con fuerzas muy superiores.

Resultado de estas enseñanzas y prácticas fué que á la acción por el fuego no se le diera toda la importancia que realmente tiene; que se despreciara la influencia del terreno; y que se buscara la resolución en el ataque y en el choque, antes que en el efecto de las armas.

Los fuegos, base esencial del combate moderno, quedaron relegados á lugar secundario, error impuesto más que sancionado por el nuevo Reglamento táctico, que con sus preceptos deja poco menos que sin dirección el tiro de la guerrilla. Atiéndese en efecto en el Reglamento más al efecto moral de los comandantes sobre su tropa, que al buen empleo de ésta, y, sobre todo, no se ha tenido presente en él la influencia preponderante del terreno.

¿Cómo es posible dirigir el fuego ni dar unidad al de una guerrilla extensa, embebiéndose en ella los jefes de escuadra y de sección? ¿Puede humanamente el comandante de una escuadra vigilar el tiro de individuos que se encuentran á su misma altura, á 20, 30, ó más metros de él, echados en tierra y medio ocultos por las asperezas del terreno? Una sección en guerrilla cuyos jefes se sitúen en la misma línea de tiradores, queda prácticamente sin dirección. Ni siquiera se consigue con esta práctica realzar la moral de la tropa, porque los dos ó tres hombres más inmediatos á los comandantes de sección y escuadra se sentirán animados por el ejemplo de éstos, pero los más distantes, fuera de la vista de sus jefes, quedarán entregados á sus propios sentimientos é instintos y se correrá el peligro de que disparen sin apuntar ó retrocedan sin motivo. Esto es lo que aconteció en el Rif al principio de la campaña.

Mientras las evoluciones y movimientos tuvieron lugar en los campos de instrucción, donde la dirección del fuego nunca puede ser real, no se echó de ver el inconveniente del método reglamentario; pero cuando fué menester desplegar frente á un enemigo aguerrido, que tiraba bien y se cubría en el terreno, apareció inadmisibile lo que se ejecutaba en tiempo de paz, y sin previo acuerdo, sin que fuera menester orden ni disposición superior, los oficiales adoptaron el único partido posible sin mengua de su decoro, ni menoscabo de su fuerza moral.

Acostumbrado el soldado á ver en los tiempos normales al oficial y al sargento en la guerrilla, hubiera sido altamente desmoralizador para él que, al ponerse bajo el fuego enemigo, sus jefes se situaran á retaguardia, porque en los momentos en que pelagra la vida no va el simple soldado á raciocinar sobre los móviles que impulsan al oficial á modificar lo que siempre se ha hecho. No pudiendo pues el comandante de sección, y lo mismo el de escuadra, permanecer quieto en la guerrilla, sopena de abandonar la dirección de su tropa, y no debiendo apostarse á retaguardia puesto que no estaba ahí su puesto en tiempo de paz, optó por recorrer la

línea de sus tiradores, manteniéndose siempre de pié á la vez que indicaba á sus hombres los lugares en que debían resguardarse.

Por otra parte, y entramos en un terreno común en mayor ó menor grado á todos los ejércitos, otras dos circunstancias obligaron al oficial á arriesgar su vida más de lo que convenía para el buen resultado de los combates.

Fué la primera, la precipitación con que en tiempo de paz se llevan las diferentes fases del ataque. En las prácticas y ejercicios normales, el fuego de las guerrillas no viene á ser mas que un pretexto para lanzarse al asalto, al choque, de modo que sin darse cuenta acaso el soldado llega á creer que la lucha por el fuego es de minutos, nunca de horas y menos aun de días; al ponerse frente á un enemigo real, cambian los términos y lo que parecia secundario pasa á ser principal y reciprocamente, resultando, que viendo el soldado cómo transcurre un tiempo infinitamente más largo de lo que estaba acostumbrado á presenciar (en el combate por el fuego) sin que llegue el momento de emprender el ataque final y sin que ceje el enemigo, tiende á desalentarse, por atribuir á mal cariz de la acción lo que no era más que consecuencia de una práctica viciosa. De este defecto de la enseñanza se lamentan todos los años los escritores militares europeos después de las grandes maniobras, y no era de esperar que nosotros nos viéramos libres de él, teniendo como tenemos menores medios y recursos que otras naciones.

En segundo lugar, la posición normal del tirador en la guerrilla es y debe ser cuerpo á tierra; pero el deseo, justificado hasta cierto punto, de que las prendas de uniforme no sufran deterioros prematuros, impulsa en la paz á mantener de pié á los hombres de la guerrilla ó, cuando más, rodilla en tierra, por lo que al iniciarse una campaña ha de implantarse un método que será muy reglamentario, pero de hecho es nuevo. No es menester esforzarse en demostrar que la posición cuerpo á tierra, si no es habitual y familiar al soldado, resulta inquietante y desmoralizadora cuando por primera vez se ensaya frente al enemigo; y no sólo eso, sino que además es la que mejor se presta á que la tropa se oculte en demasia y haga mal uso de sus armas.

Si á todo lo dicho se agrega el carácter en cierto modo improvisado del ejército de operaciones, el desconocimiento del terreno y del enemigo, el modo sorprendente de guerrear de los moros y la actividad verdaderamente prodigiosa desplegada por éstos en los primeros meses de la campaña, se comprenderá que el soldado no se encontrara en las condiciones más favorables para desplegar su valor y servirse de su instrucción.

Todo parecia conjurarse para infundir el desaliento en las tropas; en esta situación, lo más urgente, lo más necesario, era restablecer la fuerza moral, encender la confianza en sí mismos, labor emprendida y realizada de modo insuperable por los oficiales.

A este efecto, los comandantes de unidad en todas sus jerarquías hicieron alardes de bravura, que en ocasiones llegó á la temeridad, para suplir con su conducta los defectos de los métodos tácticos normales y para dar ejemplo á sus tropas. Al mismo tiempo, se obligó al soldado á exponerse sin defensa á todos los peligros de la guerra, llevándolo á la guerrilla sin cubrirse, ni echarse al suelo, y lanzándolo al ataque antes de que el enemigo estuviera seriamente quebrantado por el fuego.

Cierto es que tal proceder nos costó mucha sangre al principio de la guerra, pero la economizó con creces al final, tanto porque el soldado aprendió á combatir á su enemigo, como por alcanzar en breve tiempo una manifiesta supremacía moral, causa no la menos importante de la terminación de la guerra. Verdad es también que aquellos métodos contribuyeron de un modo poderoso á agravar los resultados de los combates del 23 y 27 de julio, aun que no hasta el punto de ser la causa directa de ellos, pero el aprendizaje en una ú otra forma hubiera tenido lugar de todos modos.

En el periodo comprendido entre el 1.º de agosto y el 15 de septiembre, encontramos pues el ejército del Rif entregado á una doble labor: la de educar el corazón del soldado, mediante combates casi diarios y procedimientos en que el valor personal desempeñaba importante parte, y la de adiestrar su entendimiento y su organismo en métodos de combate más adecuados á la realidad de la guerra que los empleados hasta entonces. Esta doble labor, ingrata en su primer aspecto y obscura en el segundo, es uno de los mayores timbres de gloria para el comandante en jefe y el ejército á sus órdenes, y marca una orientación segura y fija á la instrucción que ha de tener lugar en tiempo de paz.

Desmenuzando algo más las enseñanzas tácticas que se deducen de ese periodo, haremos notar que la dirección del combate está entregada casi exclusivamente, en el Reglamento, á los oficiales. Hemos dicho ya que se impone una reforma en el sentido de asignar á los comandantes de unidad y fracción en la guerrilla puestos que les permitan ejercer el mando efectivo de sus soldados. Pero no basta: el concierto de todas las voluntades y de todos los esfuerzos en el combate por el fuego, primero, y en el asalto ó en la retirada, después, exige que haya un engranaje perfecto que llegue desde el jefe de la división hasta el último soldado, lo que no extrañará si se tiene presente que á veces el éxito ó un pánico son provocados por insignificantes grupos de hombres, cuyo ejemplo se transmite rapidísimamente á toda la línea.

Admitiendo por un momento que el oficial y el sargento se sitúen detrás de la guerrilla, en lugares que les permitan ver á toda su tropa, siempre se presentarán casos en los que el terreno ocultará uno ó más hombres, y otros en que las incidencias del combate engendren irregularidades en la guerrilla, de tal modo que las órdenes del oficial no puedan transmitirse con la velocidad deseada á todos los tiradores, sin contar la

eventualidad, que por su frecuencia deja de serlo para trocarse en hecho natural, que sea puesto fuera de combate el comandante de una fracción. Todo esto aconseja multiplicar el mando y llevar la división de éste á sus últimos límites, con lo que se obtienen dos ventajas: una, directa, de asegurar la unidad de acción y la rapidez y el concierto en la ejecución; otra, indirecta, que aumenta la energía y la fuerza moral de una tropa, toda vez que nada despierta tanto la emulación, el sentimiento del honor y la dignidad, y el deseo de esmerarse en el cumplimiento del deber, como el hallarse revestido de autoridad, facultad tanto más apreciada cuanto más baja es la categoría militar de la persona.

Si examinamos los Reglamentos extranjeros aparecerá desde luego la tendencia mencionada, que, con todo y ser manifiesta y preceptiva, parece ya insuficiente á reputados tratadistas. El mando en la línea de fuego debe subdividirse hasta llegar al grupo de ocho hombres—puestos para determinados cometidos á las órdenes de un soldado—, y aun al de cuatro hombres según reclaman ciertos autores. De este modo, el comandante de la sección—cuánto más el capitán—podría entregarse de lleno á sus importantes deberes en el combate, que se resumen en la dirección de éste, en la observación del curso de la lucha para aprovechar el momento oportuno y desenvolver su iniciativa, sin tener que distraer su atención en vigilar personalmente á sus soldados, ni descender á detalles casi mecánicos que le apartan de sus primordiales funciones.

La iniciativa, escasa si se quiere, pero iniciativa al fin, que el soldado ha de desplegar en el combate moderno, ha de estar siempre subordinada á la de su comandante, y antes que eso todavía, debe encauzarse en el sentido conveniente y que aquél imponga. Si consideramos una guerrilla que se mueve y combate dentro de los principios de nuestro Reglamento, echaremos pronto de ver—sin necesidad de acudir para robustecer la demostración á lo acontecido el 27 de julio en el barranco del Lobo—que frente al enemigo y en terreno que no sea eminentemente llano y despejado, la acción del oficial no puede dejarse sentir con la eficacia y rapidez que demanda la proximidad al adversario, sobre los más de los hombres de su fuerza: ya por descuido de unos, ora por temor de otros, bien por cansancio de algunos, ó la irreflexión de varios, en los momentos difíciles no podrá haber unidad en la acción y se correrá siempre el riesgo de que nazca la confusión ó el desorden, sin que el oficial, aunque le secunden con ardor, como aconteció en el Rif, los sargentos y los cabos, pueda tener seguridad de que su tropa responda instantáneamente á las órdenes que dicte y sean impuestas por las incidencias del combate en los momentos resolutivos de éste. La deficiencia en los resortes del mando tiene á veces una importancia capital, porque sobre quebrantar la combinación de esfuerzos enderezados al mismo fin, despoja de la confianza en sí mismos á los comandantes de unidad, todo lo cual imprime al combate un carácter

de tibieza, de vacilación, de incertidumbre, ocasionado á males irremediables frente á un enemigo audaz y decidido.

Estamos en el tiempo del orden abierto, que se ha aceptado en toda su pureza, y para ser consecuentes con nosotros mismos hemos de aceptar igualmente todas sus consecuencias. Lo que ahora hacemos participa del orden cerrado en lo que atañe á la acción de los comandantes, y del orden abierto en lo que toca á la formación, por lo que se pierde en eficacia y en vigor lo que se gana en economía de sangre.

Conviene advertir que esas enseñanzas de orden táctico que se deducen de la campaña son completamente generales, porque si bien en el terreno de la gran táctica la guerra en Africa reviste caracteres especiales, no acontece lo mismo en lo que se refiere al mecanismo del despliegue y á la dirección del combate en las pequeñas unidades.

Por lo demás, las consideraciones anteriores son aplicables á la hipótesis de la defensiva, en la que se realza aun más su importancia, y en grado sobresaliente en el supuesto de una retirada, caso en el que el orden de las unidades, la simultaneidad y homogeneidad de movimientos y la obediencia oportuna son cualidades sin las que los repliegues se convierten fácilmente en derrotas. Si el 27 de julio el mando hubiera dispuesto de los debidos engranages, es probable que la retirada hubiese podido contenerse, deparando una excelente ocasión para escarmentar á los moros cuando estos se mostraron al descubierto y olvidaron momentáneamente su habitual prudencia. Aquel día, concentrado el mando en pocas manos, la gran proporción de bajas de oficiales —debidas á los motivos explicados— acarreó la desorganización de las tropas y se perdió rápidamente la unidad de dirección; el soldado, siempre impresionable en los primeros combates, se vió sin guía, se aturdió; y lo que no debió ser más que un incidente sensible y muy lamentable, degeneró en la retirada de toda la brigada, y provocó el recrudescimiento de la guerra, por envalentonar al enemigo.

No hay pues que contar demasiado, en los reglamentos tácticos, con la impulsión de los comandantes de unidades y con el arrojo consciente y subordinado de las tropas; es menester asegurar la acción del mando hasta sus últimos límites, pero teniendo cuidado al mismo tiempo de no cercenar facultades á las jerarquías inferiores, ni aherrojarlas hasta el punto de suprimir la iniciativa. Esta, bien entendida y aplicada, es manantial fecundo de éxitos y ventajas, á condición de que haya tal trabazón entre las diferentes partes del cuerpo empeñado, que la iniciativa no pueda resultar nunca aislada, sino que sus efectos se reflejen en el resto del frente y fondo, para sostenerla ó refrenarla á tiempo y con oportunidad: hoy por hoy, ni nuestro Reglamento, ni nuestro sistema de enseñanza, satisfacen esa necesidad.

No basta, empero, que los Reglamentos escritos sean excelentes, impecables: es menester asimismo que la instrucción no pierda nunca de vista

la realidad, porque si se enseña una cosa y el día de la guerra se ejecuta de otra manera, ó se desmoralizará el soldado ó habrá de sacrificarse sin utilidad inmediata el oficial, con igual resultado negativo en los dos casos. Puede aguerrirse y adiestrarse una tropa y llegar á modificar sus métodos tácticos en presencia del enemigo, cuando éste es un pueblo salvaje ó falto de civilización, pero no si ante ella se presenta un ejército organizado y pertrechado á la moderna: en ésto, como en lo que llevamos dicho hasta aquí, es algo más facil y más elemental que la previsión lo que se impone, es el no desaprovechar las lecciones de la experiencia, que nos ha mostrado la realidad en toda su desnudez.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

### TEMAS TÁCTICOS PARA LOS SARGENTOS

Los efectos de las armas modernas son tan mortíferos y es tan ardua y expuesta la misión del oficial en campaña, que si se enciende una guerra habrá de contarse con que en los primeros combates quedan muchas compañías y secciones sin oficiales; por lo que se impone la necesidad de que los sargentos posean los conocimientos y la práctica suficientes para reemplazar en el mando á aquellos. De lo contrario, el ejército quedará virtualmente destrozado desde los primeros encuentros, y el término de la campaña se presentará muy incierto.

Inspirado en esta idea, el capitán von Heydebreck ha publicado en uno de los últimos números del *Militär-Wochenblatt* algunos temas tácticos, sencillos y propios para las clases de la tropa, los cuales traducimos á continuación. Omitimos la referencia á los párrafos del Regimiento alemán que figura en el original, para no complicar los temas con citas y explicaciones. A pesar de esta deficiencia, resulta muy interesante el escrito.

*Tema 1.º* (Figura 1). Una compañía de vanguardia ha llegado á la altura 98, y allí recibe la noticia de que una tropa enemiga desplegada sale de Sauvage. El comandante de la compañía permanece en observación sobre la cumbre 98, y ordena que su fuerza se sitúe desplegada detrás de esa altura, dispuesta á obrar. La orden no llega al jefe de la punta (dos grupos). Este jefe ha sabido la noticia por los exploradores que regresan al trote. El enemigo aún no está á la vista

*Resolución:* Oblicuar hácia el S. para ganar la altura 85.

De este modo se subtrae rápidamente á la vista del enemigo.

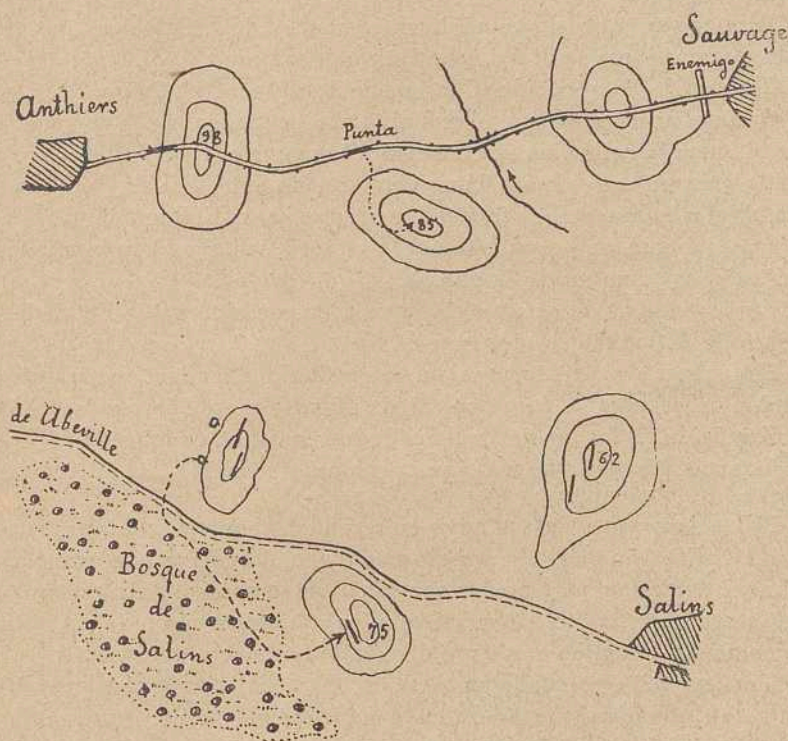
El frente de la altura 98 queda completamente despejado, y se facilita la acción de la compañía.

Se está en disposición de ejecutar un eficaz movimiento de flanco si el enemigo emprende el ataque; y á la vez se asegura el flanco derecho del grueso.



También resulta favorable la posición 85 para apoyar el avance desde la altura 98.

Según las circunstancias, se consolidará la posesión de ella por medio de la pala, para trasformarla en un verdadero punto de apoyo que permita el avance del grueso con casi todas las fuerzas reunidas.



Figuras 1 y 2

**Tema 2.º** (Figura 2) En el combate de una compañía, debe emplearse una sección para efectuar fuegos de flanco.

**Orden:** La sección Esteban apoyará el ataque de la compañía desembocando por el E. del bosque de Salins y rompiendo el fuego de flanco desde la altura 75.

**Ejecución:** Sin que la marcha á cubierto vaya precedida y acompañada de las medidas oportunas de reconocimiento y seguridad, el éxito será dudoso. Pero se debe suponer que la aparición de una tropa fuera del bosque cambiará el cuadro del combate. Esto exige que en ningún caso el jefe de la sección se muestre débil en el cumplimiento de su misión.

El efecto de sorpresa de la aparición depende sobre todo del despliegue

en silencio junto á la posición de fuego. En este caso se impone el despliegue de casi toda la fuerza de fuego; basta con una observación hácia Salins.

Si la altura 75 está ya en manos del enemigo, la primera parte de la operacion debe ser arrojarle de ella. La sorpresa contribuirá ciertamente á este resultado.

Para cooperar en el ataque de su compañía, debe Esteban estar preparado á tomar parte en él ó á contribuir con su fuego.

*Tema 3.º* Persecución (Continuación del tema 2.º, figura 2).

Si Esteban advierte que el enemigo vacila, y adquiere la persuasión de que si ataca la compañía se conseguirá la victoria, debe desde luego adelantarse para situarse frente á un punto situado entre Salins y la altura 62, con objeto de ganar un avance sobre el adversario. El Reglamento prescribe formalmente que para obtener la victoria se debe obrar con independencia, pero como *una sola unidad*.

En la persecución en pequeña escala, puede ejercitarse Esteban en el desarrollo de los temas siguientes:

Estrechar con perseverancia á la artillería enemiga, tomando la dirección más favorable para que caigan algunas piezas en sus manos;

Expulsión de las ametralladoras de los costados de la posición;

Estar preparada la fracción perseguidora á rechazar tranquilamente los ataques de la caballería;

Si las fracciones del enemigo en retirada se meten en Salins, se recomienda á Esteban que, con arreglo al reglamento, efectúa un avance lateral, al S. de Salins, para no dar ocasión al adversario de atrincherarse en algún lugar, con lo que ganaría tiempo para ejecutar con orden la retirada.

*Tema 4.º* Empleo como protección de un flanco (figura 3).

Una compañía, apostada en la altura 98, se halla empeñada en combate contra un enemigo que ataca, cuya ala izquierda se encuentra junto á la linde N. del bosque de Génivaux, y tiene la sección Esteban como protección de su flanco derecho.

La sección debe encontrarse en una posición de fuego cuando desemboque del bosque la columna encargada de realizar el movimiento envolvente.

Al elegir esa posición de fuego, debe reflexionar Esteban en que conviene disponer su fuerza escalonada y no dejarse llevar por la inclinación á formarla en prolongación de su compañía, pues si tal hiciera, el movimiento envolvente enemigo no podría ser contenido de un modo eficaz por un fuego oblicuo, y por otra parte quedaría expuesta el ala al rodeo.

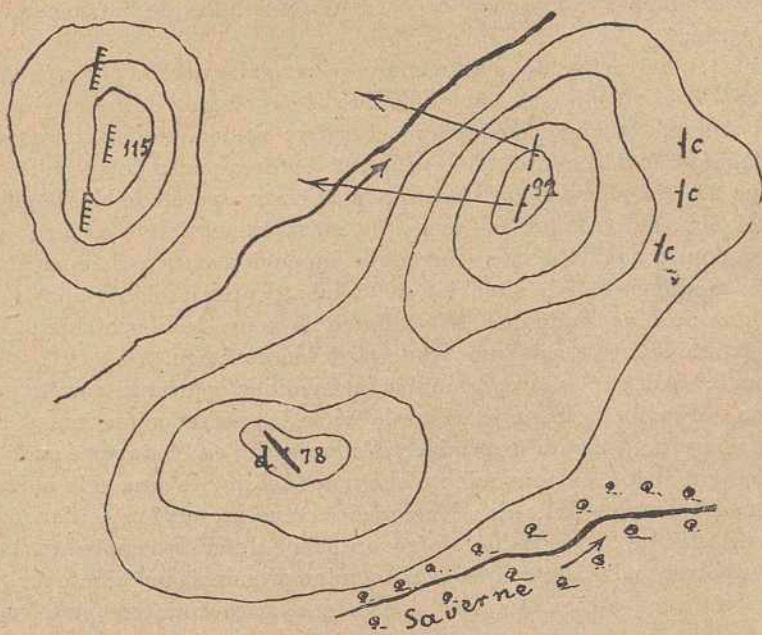
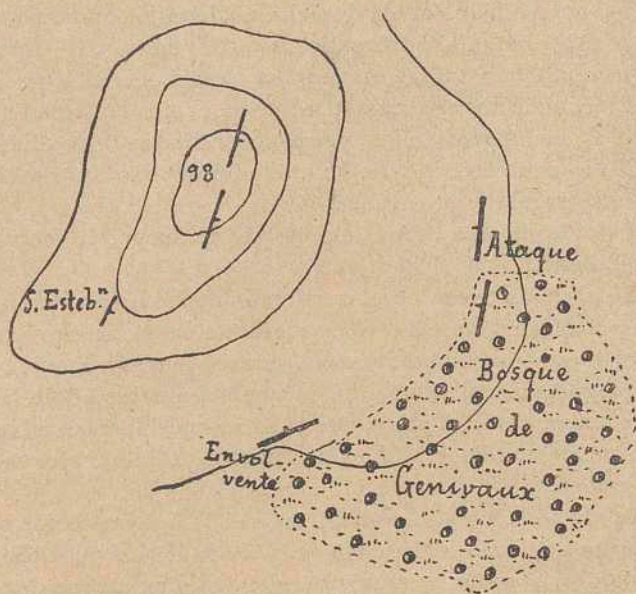
*Tema 5.* Posición de sostén. (Figura 4).

*a*—Posición de la sección Esteban durante el combate en la altura 92;

*b*—Dirección de la línea de retirada de la compañía;

*c*—Ataque enemigo;

*d*—Posición de sostén.



Figuras 3 y 4

La compañía es el ala derecha del batallón y rompe el combate en la altura 92 cuando el adversario dista 600 metros. De antemano, envía á la sección Esteban, que se encontraba en a, á ocupar la posición 78.

Ejecución: En este caso no debe el comandante de la sección adelantarse á sus fuerzas, sino permanecer á la vista de ellas; porque es muy posible que de pronto y de un modo imprevisto se establezca el contacto con el adversario que avanza.

Para desarrollar el máximo efecto de fuego, la sección desplegará en su totalidad.

Se abrirá el fuego en el momento preciso de aparecer el enemigo en la altura 92. Conviene observar y vigilar el curso del Saverne.

Si durante el combate que entonces se empeñe conviene estar dispuesto á replegarse en el momento en que el enemigo afloje la presión, no hay que olvidar, por otra parte, que cuantas más fuerzas adversarias se atraigan, separándolas de la línea de retirada, tanto mejor se hará la retirada del grueso.

Puede terminarse el tema, imaginando que la sección es el ala derecha de la línea de artillería situada en la altura II, á la que debe proteger contra el fuego oblicuo de la infantería enemiga ó un ataque de caballería.

Cabe dar una ampliación á los cinco temas anteriores, sin más que suponer que las fracciones que operan con independencia son más reducidas todavía, sin alteración sensible en casi todas las situaciones del combate, y dentro de las prescripciones del reglamento, de modo que sean perfectamente comprensibles por los suboficiales, se puede estudiar lo que sigue:

Tema 1.º Retroceso de la vanguardia para anular alguna pequeña ventaja que en el despliegue haya obtenido el adversario; despejar y hacer libre el frente; flanquear un ataque enemigo; sostenerse tenazmente en algún lugar conocido del terreno, utilizándolo como punto de apoyo.

Tema 2.º Aceptar con satisfacción la iniciativa para cambiar la situación del combate; romper un fuego de masa imprevisto ó un fuego por sorpresa contra una de las alas enemigas; ejecución vigorosa de las órdenes para modificar más la situación del combate; preparación y apoyo del ataque principal, de modo que se produzca la toma de la posición por la acción lateral sobre la más importante posición de fuego.

Tema 3.º Adoptar con oportunidad las medidas oportunas para la persecución desde que se haya previsto la victoria; persecución inmediata; penetración vigorosa para exterminar al adversario; en el ataque á pueblos y lugares habitados, es conveniente el avance lateral de una sola unidad.

Tema 4.º Empleo del orden escalonado como protección de flanco de una de las alas no apoyadas del defensor; flanco defensivo contra una maniobra envolvente del adversario; si el enemigo pronuncia un directo ataque frontal, deben tenerse en la mano los escalones para retirarse en el mo-

mento oportuno; cuando el ataque esté en pleno desarrollo, ensayar una maniobra contra el flanco del adversario.

Tema 5.º Oportuna ruptura del combate y preparación de la retirada; rechazar las fracciones enemigas que hayan penetrado en la posición; protección de la artillería contra el fuego oblicuo, principalmente en el momento de enganchar los avantrenes; romper oportunamente el contacto con el enemigo; atraer las fuerzas enemigas fuera de la línea de retirada; tener dispuesta una posición de espera contra el enemigo, con objeto de facilitar la retirada; si se obtiene un éxito parcial, la retirada podrá verificarse en las mejores condiciones posibles.

El capitán Heydebrek recomienda que los temas sean estudiados y resueltos por los suboficiales, valiéndose de pequeños juegos de la guerra, que pueden improvisarse por medio de masas de tierra ó arena en cajas; de este modo, se quita la abstracción de los principios del reglamento, siempre difícil para las clases de tropa, y se consigue que estas prácticas lo sean de verdadera preparación para los ejercicios que han de tener lugar en el campo.



## NUEVO CONCEPTO DE LA ENSEÑANZA MILITAR

“¿No es evidente—dice Payot—que se desembarazará la Historia cada vez más de nombres propios, ocupándose exclusivamente de los grandes hechos sociales, siempre hipotéticos en cuanto se refiere á sus causas y efectos, y que la erudición pura perderá, asfixiada por el enorme cúmulo de materiales, toda autoridad en los espíritus pensadores? La acumulación será menos considerada como trabajo, y llevará esta tarea su verdadero nombre de *labor*, reservando la denominación de *trabajo* á la exposición original, á la eliminación de detalles inútiles, á la concentración producida por el esfuerzo supremo del pensamiento. „

¿Guarda armonía ese concepto del cultivo de la memoria con el estudio de las materias memoristas en la enseñanza militar?

Desgraciadamente pesa sobre la memoria lamentable equivocación; la memoria no es función ciclica, no es desarrollo normal, no es trabazón inteligente entre una facultad que se inicia y una obligación que se contrae; es un recuerdo fingido, una cándida ilusión y un estado fantástico mantenido artificiosamente hasta la hora del examen.

¿Cuánta energía consumida en aprender al pie de la letra los artículos de la Ordenanza, en atiborrar la imaginación con millares de nombres geográficos, en almacenar montones de números y de fórmulas, en reproducir insulsas descripciones, en verter sobre el cerebro todo el articulado del Código militar ó del Reglamento de Campaña!

¿Pueden subsistir, pues, en la memoria palabras sin congruencia, sin

cemento ideal que las trabe, sin sugestión que las arraigue, sin calor que las difunda? ¿Qué firmeza pueden llevar esos estudios geográficos limitados tan solo á aprender que un río pasa por numerosos pueblos, que una carretera enlaza muchísimos centros, que una cordillera toma diversas denominaciones? ¿Qué consistencia puede tener el estudio de unas Ordenanzas anticuadas y rebeldes por su contextura gramatical? ¿Qué sedimento jurídico pueden dejar los estudios del Código militar, sin otra marcha que la adaptación fría y mecánica de un abrumador articulado? ¿Qué utilidad pueden reportar esos trasiegos de la letra de los libros al espíritu de los alumnos?

En verdad que resulta muy cómoda la carga memorista impuesta á dosis continuas, embutida en el cerebro á fuerza de incesantes repeticiones, injerta por la rutina; pero, ¡cuán anémica es su existencia, cuán estéril su porvenir, cuán vergonzantes sus destellos!

El cultivo memorisista no debe ser apegado á los libros en el alumno, ni ceñido timidamente al texto en el profesor; si en el primero debe ser nutritivo y fortificante, en el segundo será cincelador de ideas, creador de pensamientos, organizador de trabajos, educador de la voluntad y promotor de bellas emociones.

“Es urgente destruir—escribe Payot—el absurdo y exclusivo culto de la memoria que debilita las fuerzas vivas de la nación. Al montón de la memoria substituyamos por completo los ejercicios activos, los trabajos que templan el juicio, la iniciativa intelectual, las vigorosas deducciones; y cultivando la voluntad se harán hombres de genio, porque todas las cualidades de primer orden atribuidas á la inteligencia, son en realidad cualidades de energía y constancia de la voluntad.....”

#### PROFESORADO

En la enseñanza, el maestro es la armonía entre la cosa ignorada y el deseo de la adquisición intelectual de esa cosa, el crisol donde se elabora la educación individual más intensa con la vida social más expansiva.

La base de la educación y el principio de la instrucción descansan en la moralidad y en la conciencia del profesor; y, merced á su potencia actuadora y transformista, al principio expansionable innato en el individuo puede tener desarrollo, eficacia y orientación.

La misión sagrada del maestro alcanza á la inteligencia y á la voluntad; á la primera, para mantenerla siempre dispuesta á recibir elementos asimilables; á la segunda, para evitar la pereza del espíritu, los desfallecimientos de la naturaleza humana.

En el tamiz intelectual del alumno van cayendo rápidas y sin asimilación multitud de ideas; en ese arsenal cuantioso, verdadero colector de ideas-fuerzas y de ideas-fugaces, es donde el maestro puede transformar

las ideas abstractas en afecciones sensibles; el secreto de la enseñanza está en aprovechar cuanto es utilizable á sus fines.

La educación, el ejemplo y el lenguaje han de ser consubstanciales á la tarea del profesor; un sentimiento de fervor debe dibujarse en su obra; los movimientos emotivos han de llegar al corazón de sus oyentes; su espíritu debe rechazar la injusticia y la inmoralidad.

El profesor es asimismo el convertidor de los hábitos del alumno en energías productivas, el impulsor de actividades esparcidas en fuerzas concurrentes, el escrupuloso administrador de acciones misteriosas; y como todas las obras producen engrandecimiento, la del maestro debe vivir en la conciencia de sus alumnos buscando y corrigiendo, alentando y destruyendo.

La dirección moral y ordenada del estudio solo puede concebirse y tener ejecución en el íntimo enlace del profesor y del alumno; tan solo el contacto de alma á alma, el consorcio entusiasta de corazón á corazón, la marcha acompasada de voluntades, y el contento fructífero de inteligencias mantienen elevado el ideal, templada la energía, duradera la disciplina, noble el respeto y generosa la obediencia.

El maestro, en su doble cualidad de educador y de instructor, debe subordinar todo su conjunto: primero, á modelar el alma de su discípulo sensibilizándola al estudio y á las bellas emociones; y luego, á revestirla de ciencia y de deberes que la haga útil para sí y vigorosa para su Patria. Para ello, el profesor no debe ignorar las presiones de esa alma ni las esperanzas que la guían; debe oírla á diario, prestarle alientos en sus desmayos, reprenderla en sus desvaríos, aconsejarla en su marcha inexperta.

“Ahora bien—escribe Payot—menester es que los profesores lo sepan: lo mejor de su enseñanza no son sus cursos. *El gran valor de la enseñanza descansa sobre los trabajos prácticos y el contacto del discípulo con el maestro.*

Desde luego, y por el mero hecho de estar allí, prueba el maestro la posibilidad del trabajo, y es ejemplo, vivo, concreto, tangible y respetado de cuanto se puede conseguir con el trabajo. Después sus conversaciones, sus recomendaciones, sus declaraciones, sus semiconfidencias sobre el método; y aun más que todo eso, el ejemplo dado en el laboratorio; y todavía más, la iniciativa del alumno entusiasta; los trabajos personales que se suscitan, las exposiciones delante de los compañeros, el dar cuenta en puro y simple resumen de los libros leídos, todo eso ejecutado bajo la bienhechora dirección y censura del maestro, es lo que constituye la enseñanza fecunda. Cuanto más brillante es un profesor, más se complace en oírse á sí mismo, y cuanto más explica menos le confiaría yo los jóvenes; es preciso que los haga trotar delante de él, como dice Montaigne...”

El profesor ha de llevar al ánimo de sus discípulos tanto la enseñanza racional como la metafísica, concibiendo y realizando planes de finalidad,

produciendo y dirigiendo una vida interior y consciente, formando y corrigiendo una vida exterior y moral; por eso necesita enlazar su conciencia y la de sus alumnos en una sola conciencia, la del honor; por eso necesita circunscribir sus actos y los de sus alumnos á un solo acto continuo y constante, el de la justicia; por eso necesita que sus actividades y las de sus alumnos se asocien íntimamente para engendrar inducciones filosóficas, para dar mayor plasticidad á la inteligencia, para enriquecer la volición.

Despréndese, pues, que al profesorado militar incumben dos deberes; uno, inherente á su cualidad militar; y otro, de carácter psicológico.

La Psicología es la ciencia del alma; y el alma es á su vez la hélice de la vida militar, la energía que la hace obediente en la paz y heroica ante la muerte, el númen de toda idealidad. Importa por consecuencia: estudiar la psicología como ciencia de la vida interior ó de la conciencia; apreciar la cantidad, cualidad y tonalidad de las sensaciones; conocer la localización y objetivación de las sensaciones internas, los instintos y hábitos de la sensibilidad, las tendencias afectivas, los movimientos sensibles, etc.

Atendiendo, pues, á esta fase de la enseñanza, el profesor debiera conocer la ciencia psicológica para infiltrarla en su método, para aplicarla á diario, para ejercer con éxito su apostolado; y para acreditar su posesión bastaría con el título de aprobación en un centro docente, con la presentación de un trabajo ad-hoc, ó mediante un examen.

Constituirán preferencia para el profesorado: la aptitud acreditada de E. M, el título de una carrera civil, el profesorado ejercido anteriormente, etc; pero no bastaría esto; condición indispensable sería que á la instancia se uniese un juicio totalmente favorable de todos los compañeros del cuerpo y que el aspirante llevase tres años cuando menos en activo servicio.

El tiempo de permanencia en el profesorado sería de seis años, necesitándose otros seis (de ellos tres en activo servicio) para volver al ejercicio del cargo; sería incompatible la estancia de profesores y alumnos parientes hasta el 4.º grado, y al presentarse á ingreso un aspirante con ese grado de parentesco con un profesor, este pediría la separación del Centro antes de dichos exámenes.

Los profesores percibirían por su cometido el sueldo del empleo inmediato, independientemente de las gratificaciones, cruces, etc., que tuviesen.

(Continuará.)

ANTONIO GARCÍA PEREZ

Capitán Profesor en la Academia de Infantería,  
con aptitud acreditada de E. M.